

Olga
Berriáñad

Andábata



Paréntesis

FRAGMENTO

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA

Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Cuentos, LEOPOLDO LUGONES

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodados, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

El Domador, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

Los agujeros negros, AQUILINO DUQUE

El aprendiz de emigrante, ROBERT LOUIS STEVENSON

Cartas de Nueva York, JOSÉ MARTÍ

Percusión, JOSÉ BALZA

La transformación, FRANZ KAFKA

El salvaje de Borneo, ALFREDO TAJÁN

Las penas del joven Werther, JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

La maldición del cronista, MARC GUAL

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA

Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

El año de Malandar, JUAN VILLA

La carpa de oro, CHARO PRADOS

El hombre encuadernado, BRUNO MESA

Mi vida sin Eva Gundersen, MANUEL J. RAMOS ORTEGA

El libro del sabor nuevo, ELENA RODRÍGUEZ

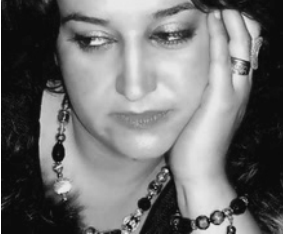
Pequeñas palabras, SALVADOR ROBLES

Campo de minas, CÉSAR ROMERO

Tierra raya, ANTÓNIO TRINIDAD

Cambio de sentido, MAR GÓMEZ GLEZ

Dieste, MARIO GÓMEZ LÓPEZ



Olga Bernad (Zaragoza, 1969) es licenciada en Filología Hispánica en la especialidad de literatura. Formó parte de los *Cuadernos de la cigale* (2009) y ha publicado el poemario *Caricias perplejas* (2009).

En la red, mantiene el blog *Caricias perplejas*, donde publica versos y prosas. Algunos de sus poemas han quedado recogidos en otras bitácoras, como *Las afinidades electivas*, o *La Nave de los locos* de Fernando Valls. También ha colaborado con diversas publicaciones digitales.

Recientemente, ha sido seleccionada para formar parte de una *Antología de poetas aragonesas (1964-2010)*. *Andábata* es su primera novela.

<http://cariciasperplejas.blogspot.com>

Fragmento de muestra de *Andábata*

«—Antes hablaba usted de una ciudad ruinoso y apocalíptica... También yo veo a veces en ruinas estos lugares en los que nos toca vivir...

—Sí, no hace falta venir a la morgue —y sonríe levemente— para ver ruinas humanas y de las otras... Una vez vi en este mismo depósito los cadáveres acoplados de dos amantes que al parecer habían muerto en el instante del coito, pensé en la cópula y en el amor... Un problema tan viejo como la vida, desde luego... ¿Cuántos machos asedian a una hembra hasta que esta elige a uno y lo convierte en padre? Considera eso y considera también la cantidad de espermatozoides que corren hasta el óvulo. Pero sólo uno gana ese maratón atroz... Y después, la vida misma ejercerá, sobre el recién nacido, una crueldad sin límites, y le obligará a competir como cuando era un ínfimo espermatozoide, una ínfima partícula de puro deseo... Sí, le obligará a competir hasta la muerte, y, de pronto, se verá ante la tumba, como es mi caso, después de haber entablado mil batallas absurdas contra su realidad y contra sus deseos... Pero da igual, muchacho; como decía un poeta, la vida siempre se obstina en ser dulce y en merecer ser vivida, de alguna manera mínima, en nuestro extraño país.

Las palabras de Jorge Encina le reconfortan. Ahora quiere volver a la vida.

—Tengo que irme, doctor».

Lady Pepa, Jesús Ferrero

I

QUIRINAL, VIMINAL

Uno de mis compañeros de trabajo atraía mi atención de una manera poderosa. Se llamaba Pablo y era un moreno triste y sin pretensiones, un hombre de aspecto muy viril que había olvidado su encanto y parecía haber dejado volar hace tiempo al pájaro de la felicidad. No sé cuántos fantasmas habitaban su cerebro, pero de ese se había librado claramente y por decisión propia: nada en sus actos revelaba el más mínimo deseo ni la más mínima esperanza de felicidad o amor. Era correcto pero no intentaba ganarse el cariño de los otros, ni su odio, ni nada. Era correcto y nada más. Tal vez sólo eran imaginaciones mías, pero, a veces, tanta desidia me parecía producto de una exageración intencionada, una curiosa petición de ayuda. Yo sentía profundamente no poder hacer nada por él. Daba la impresión de que las mujeres le producíamos una total indiferencia, aunque no era exactamente así, hablaba con sincero respeto del sexo femenino en general, un respeto un poco romántico y dulce –como el que empleaba en su trato con nosotras– y parecía guardar en su interior un enorme catálogo de principios generosos. Pero daba por supuesto que no esperaba ni pretendía encontrar compañera para este valle de lágrimas.

A veces sólo su voz me tranquilizaba en medio de esa sala de torturas mentales que era mi oficina. Llegaba manchado de pintura, lleno de dignidad, siempre en calma. Otras veces me fastidiaba su postura imprecisa ante nosotras, ante mí, porque él, cuando hablaba de mujeres, parecía no referirse a seres humanos sino a una especie de monada ideal (para él innecesaria) que vaya usted a saber cuándo se le había metido en la cabeza. Él contaba que era viudo desde hacía cinco años, pero eso no era lo esencial: yo creo que estaba solo desde que nació. Una vez me dijo que sabía prescindir del sexo. Me parecía que, en general y en todos sus aspectos, el amor le daba pereza. Y también miedo. Un gran interrogante enmarcaba

su corazón, era un enigma para los demás y puede que incluso para sí mismo. Pero yo no me creía lo del sexo prescindido. Habría un anhelo, habría un sustituto, algo habría, digo yo.

Aparentemente, era lo que entendemos por un hombre de los pies a la cabeza. Yo sospechaba (tenía la esperanza de) que también lo era en el fondo. Pensaba que un hombre hermosísimo permanecía dormido, latente, protegido o algo así, y que un día asomaría la cabeza y yo iba a estar allí con mi Kalashnikov y boom. Tal vez (seguramente) sí.

Pero mientras tanto había que archivar, ordenar, clasificar, contabilizar y atender el teléfono. Todo ello inmensamente rutinario y considerablemente problemático. Cada acto se enredaba con otro, y ese otro con algo que quedaba pendiente y así hasta un infinito demencial, impertinente, aburrido y mal remunerado. Había sido contratada como auxiliar administrativo del gerente en una empresa con cuatro empleados, pero en la práctica era una todo terreno siempre angustiada por el tiempo y las veintidós personas que ya formaban la plantilla, y cinco mil más que se dedicaban a llamar por teléfono para fastidiarme cualquier plan de trabajo mínimamente racional.

Por ejemplo: los partes de los operarios quedaban aguardando mi atenta lectura porque tres presupuestos urgentes debían ser enviados a posibles clientes a la voz de ya, dos de ellos quedaban a su vez esperando, porque el primero se atascaba en el fax y había que desmontarlo. El fax permanecía entonces despanzurrado y a la espera de papel (que, de paso, se había acabado) porque sonaba el teléfono y resulta que había que localizar urgentemente a mi jefe. Mientras intentaba hacer algo, el fax pitaba como diciendo socorro, que estoy abierto, uno de los ordenadores parpadeaba con su procesador de textos también como diciendo aquí estoy yo y tus dos presupuestos por hacer. Yo me encendía un cigarrillo con la mano libre, a pesar de que no quería fumar demasiado, no estaba permitido y aún era pronto para empezar; el otro ordenador mostraba y mostraba un salvapantallas asqueroso en plan cárcel porque hacía más de una hora que el grupo de facturas de proveedores con sus correspondientes IVAS y sin recargos de equivalencia estaban ahí, a su lado, para ser

contabilizadas en algún momento vía CONTAPLUS versión año que reinó Carolo, por supuesto también las facturas como diciendo ya sabíamos nosotras que no nos daban pasaporte hoy.

Por fin el móvil de mi jefe tenía la cobertura de las narices y conseguía hablar con él para que me echase la gran bronca por molestarle con tonterías (pero Menéndez decía que era muy importante) y, cómo no, preguntarme que qué pasaba con los presupuestos, que llevaba él media hora en el despacho del Sr. Segurado esperando al menos uno para comentarlo *in person*, uno, no pedía más, y que en media hora no le parecía tanto pedir y ya estaba bien de tonterías.

Sin ganas de discutir le decía que inmediatamente. Colgaba —inmediatamente me encendía otro cigarrillo—, desatascaba el fax que ya pitaba con desesperación; el presupuesto atascado estaba inservible: volvía a imprimirlo, cargaba el fax, enviaba el cacho cerdo del presupuesto, modificaba la plantilla en el ordenador para ir confeccionando los siguientes; empezaba a creer que la cosa marchaba cuando volvía a sonar otra vez ese teléfono y mi jefe, *por Dios, revisa los partes de trabajo que sin falta esta mañana hay que llamar al gestor para que haga las nóminas, hazme el favor, o es que no miras el calendario, que todo hay que decírtelo. Y preparas la negociación de efectos para el pago, que la quiero esta tarde en mi mesa, no vaya a faltarnos líquido en el banco.*

—Vale, ahora mismo, en cuanto acabe...

—No, en cuanto acabes, no. Eso es para ya, y luego vas a mi mesa y coges los albaranes que te he dejado, no sé si te habrás dado cuenta, pero esta tarde visito a los de SLUZSA y quiero llevar las facturas en mano yo mismo *in person*.

—Pero es que precisamente estaba contabilizando las de proveedores y había pensado empezar a confeccionar mañana las de clientes para...

—¡Pero bueno! ¿Yo qué te he dicho? Dejas todo y las haces, que de lo que comemos es de las facturas a clientes. Y yo no sé cuándo piensas mandarnos los dos presupuestos que quedan, hija mía.

Clic.

Bueno. Imprimía los susodichos, revisaba los partes de trabajo, me quedaba con la duda de si lo había hecho bien y decidía

repararlos —si me equivocaba en una sola hora extra, bronca del jefe y bronca del operario, todo el mundo con más razón que un santo— y nuevamente el sonido del teléfono, uno que grita porque no llega el camión, que sus hombres se van a la una, que no vayan a las doce y media que no descargarán. Bueno. Llamo al transportista.

—Por Dios, Fernández, cómo va Goyo, ya sabes que las piezas tienen que estar antes de las once y media en el taller de PRISINSA.

—Yo no cargo las piezas sin que estén bien secas, que luego el responsable soy yo. Y estos no acaban.

—Que se ponga el encargado.

—Está en la otra punta.

—Que se ponga alguien.

—Están todos pintando porque, si no pintamos, no acabamos. Clic.

Bueno. Repaso los partes de trabajo, llamo al gestor, le expongo la retahíla de horas extras, primas, ayudas a comida y demás relicarios.

Teléfono. Presupuesto por metro cuadrado, por tipo de pintura, cuánto si incluimos la chimenea con anticalórica, cuánto sin anticalórica; lo necesitamos ya, así que llamas a tu jefe y que vengan a medir. Mi jefe me vuelve a mandar a hacer puñetas, no sin antes preguntarme por las facturas porque se va a pasar por la oficina para recogerlas, *y luego me reservas mesa para comer doce personas a la una, que no se te olvide.*

Bueno. Me lío con las facturas para SLUZSA y, cuando he conseguido imprimir la primera por triplicado, cómo no, visita de un comercial. No está el gerente (yo, toda amabilidad). *¿Te importa que me fume un cigarro aquí contigo? Es que hace un frío ahí fuera.* Usted mismo, y me enciendo yo otro. *Pero qué bien vivís las secretarias, siempre calentitas y cobráis igual.* Pues sí, calentitas sí que estamos. Intento seguir con las facturas, más o menos lo consigo, pero el teléfono suena, les remito a taller, el teléfono suena, que no han recibido la xerocopia, vaya por Dios, reviso los efectos hace días llevados al cobro, llamo al banco, mira lo que me dicen los de AGUTIMANSA, me contesta cuatro tonterías, llamo a AGUTIMANSA, les repito las cuatro tonterías. Se va el comercial que ya no tiene frío, sigo con las facturas, me doy cuenta de que son las doce y cuarto y no he reservado mesa, llamo al

restaurante, me mandan también a hacer puñetas pero me reservan mesa, acabo las facturas, mi jefe entra por la puerta, suelta la carpeta encima de su mesa, no dice ni buenas, me pregunta por las facturas, por los presupuestos, por los partes de trabajo, por la liquidez, por los del banco y me dice condescendiente, contemporizador al fin, casi galante, *ves, si te empeñas llegas a todo, si es que te quejas de vicio.*

No le cuento el atraso que llevo con la contabilidad porque para qué, pero él sí me cuenta que después de comer con los requetesuperjefes de ALAPAJOSA y de intentar obtener un contrato de mantenimiento de pintura para la empresa, se van a pasar por la oficina todos *in person* y, *en fin, la limpias un poquito antes de irte y le pones ambientador, hija mía, que, desde luego, hay que ver lo que fumas, no te debía de dejar, está hecha un asco esta oficina con lo mona que la pinté yo mismo in person, y a ver si me traduces de una vez las fichas técnicas de estos materiales tan raros, las que te di el otro día, hija mía, que no hay fichas en español y para algo tengo una secretaria que sabe inglés.* Se va al restaurante; yo también me iría a mi casa bien a gusto porque, total, faltan menos de tres horas para tener que volver y aún tengo que comprar y no sé ni qué hacer para comer ni mucho menos para cenar.

Al final me enredo en poner orden en el antro y, sin darme cuenta, ya pasan diez minutos de mi hora. Me voy a ir corriendo, pero entonces llega un operario que ni siquiera es Pablo y resulta que tiene que cargar un material, *menos mal que estabas.* Bueno. *Te esperas y cierras.*

Me espero y cierro los ojos y lentamente, dulcemente, me enfrasco en mi letanía preferida, me calmo con mi voz interior igual que un niño se chupa un dedo o acaricia su muñeco preferido, repito una y otra vez: Quirinal, Viminal, Esquilino, Celio, Palatino, Aventino y Capitolio. Quirinal, Viminal...

IR A LA FICHA DEL LIBRO

Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.